

Educación en valores y su sentido

Alfonso Padilla Garrido*

* Director del Programa de Formación de Profesores de Educación General Básica de la Facultad de Educación de la Pontificia Universidad Católica de Chile y docente en el área de Expresión artística y Desarrollo personal de la misma Facultad. Licenciado en Educación de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Barcelona, España.

El presente trabajo explica que, para encontrar cuál es el sentido de una educación en valores, es necesario partir retomando el concepto mismo de educación, puesto que ésta y educación en valores constituyen un todo inseparable. Además, partiendo implícitamente de una visión de base psicológica-humanista, antropológica y sociológica, enmarca el valor como aquello que da dirección y sentido a la vida del hombre, fundamentando el por qué la educación, por su deber formativo, no lo debe ignorar, más aún, lo debe asumir explícita y planificadamente. Por último, se dan a conocer algunas reflexiones en relación a la educación en valores y algunos problemas que debe asumir, desde el punto de vista del educando, por su responsabilidad ante él.

This paper poses that in order to find out the meaning of an education on values, it is necessary to start by reconsidering the very concept of education, since this concept and education on values, constitute an undivisible whole. Values are considered to give guidance and sense to man's life, from a sociological and anthropological, psychological-humanistic approach. Therefore, education, because of its formative nature, cannot ignore them –even more– it must explicitly and planned assume them. Finally, because of its responsibility to the student, some reflections related to education on values and some problems from the student's point of view, that must be assumed, are presented.

Introducción

No es sorprendente la fuerza con que, en la actualidad, está siendo considerado el problema de los valores, dada la necesidad que en la inmediatez se tiene por un reencuentro con la propia naturaleza de éstos y por la gran importancia y significado que tienen para los seres humanos, dada la multiplicidad de cambios y conflictos que se plantean en la sociedad.

El tema, que se relaciona con el núcleo de la formación de la persona, no puede ser eludido por quienes nos movemos en el campo de la educación; más aún, es injustificable ignorarlo, incluso admitiendo la dificultad que conlleva, por los variados enfoques y soluciones que posee.

Quizá con sólo meditar acerca de la necesidad que tiene el hombre de descubrirse a sí mismo y en su relación con los demás, existe sobrada justificación para defender e impulsar el tratamiento de los valores, como algo necesario en el sistema educativo.

Si a lo anterior agregamos problemas contemporáneos existentes, tales como: confusión en los valores de nuestra cultura, injusticias sociales, materialismo, incertidumbres ante un futuro, ante amenazas bélicas que pueden destruir o en el peor de los casos perjudicar fuertemente la existencia humana, etc., todos ellos están obligando con urgencia una educación que ayude al individuo a aclarar los valores que pone en juego en su vida diaria.

Justamente, una crisis existencial, una crisis de identidad de los sujetos y una falta de metas personales y sociales, son los problemas que debe encarar una educación y, por lo tanto, hacerse cargo del desarrollo de valores en los niños y jóvenes.

La educación y los valores

A través de su vida, el hombre va conformando su escala de valores propia y personal, la que estará de acuerdo a su particular forma de vida, sus sentimientos y sentidos personales. Estos valores guiarán sus

acciones y le darán un sentido a su quehacer. Con el tiempo, su escala de valores variará de acuerdo al propio dinamismo de su vida, por lo que siempre estará en búsqueda de valores, en un intento de encontrar significados que den sentido a su existencia.

En este marco, y entendiendo el valor desde esta perspectiva, entran en juego los valores en la educación, no como dos elementos separados y con significados diferentes, sino con una relación tal, que no se podría entender de ningún modo la educación desvinculada de la experiencia valorativa.

Entonces, cuando hablamos de educación, estamos incorporando a la palabra todo el sentido de formación integral del individuo: es ayudar al sujeto a ser más persona, es ayudar al educando a que desarrolle todas sus potencialidades y por esto que la educación y la “educación en valores” constituyen un todo inseparable.

Estamos, pues, ante un terna cuya importancia se justifica en la educación con planteamientos teóricos que no son por sí mismos novedosos, pero que nos plantea la necesidad de retomar el verdadero sentido formativo de la educación, cuyo centro es el desarrollo de la persona del educando, es decir, volver a poner las cosas en su sitio.

Para fundamentar lo anterior, me permito, a modo de repaso, centrar la atención en algunas definiciones de educación:

Millán Puelles (1963) ha dicho que: “Lo que se persigue al educar es, pues, suministrar al hombre el estatuto por el que se halla habitualmente inclinado a la viviente y libre aceptación, con hechos, de esa naturaleza que en tanto que hombre le conviene” (pág. 61).

Maritain (1950), anteriormente afirmaba que la finalidad de la educación es: “formar hombres, o más bien guiar el desenvolvimiento dinámico por el que el hombre se forma a sí mismo y llega a ser un hombre” (pág. 13). Según *A. Galino* (1983): “educar es, desde la perspectiva radical de su sentido ontológico, contribuir positivamente a que el sujeto que se educa vaya actualizando su capacidad de ser principio, es decir, capaz de protagonizar los propios actos” (pág. 23).

Incluso partiendo del significado etimológico de la palabra “educar” nos encontramos con este desenvolvimiento personal de sacar afuera o actualizar las posibilidades del hombre.

Es decir, plantearse ante el desarrollo de los valores en la educación pasa por retomar el principal fundamento de la educación, el desarrollo personal del hombre: “Educar bien significa favorecer el desarrollo coherente integral de la persona humana y por consiguiente crear las condiciones para que ésto pueda suceder” (Sciacca, M. F., 1962, pág. 44).

Dado que la educación está enmarcada en un proceso formativo, como tal debe procurar una madurez en el proceso valorativo del educando, ya que no se puede concebir una educación, en el buen sentido de la palabra, que no entregue experiencias significativas, que ayuden en este proceso de valoración: “Aniquilar el valor significa suprimir no ya la calidad de la educación, sino la educación misma”, nos plantea R. Marín (1981, pág. 78).

Cualquier comunidad de tipo educativo debe tener muy claro su papel en este sentido, ya que para ser tal, debe prestar un gran cuidado al tratamiento personal del educando. Como afirma M. Bartolomé (1980), “la escuela centrada en la persona ha de proporcionar experiencias humanas en el seno de una verdadera comunidad a través de un ambiente estimulante, donde los valores no son tanto pensados, cuanto constantemente vividos” (pág. 34). En tal sentido, una verdadera comunidad educativa crece por sí misma en cuanto hace crecer a sus integrantes y aquí, no considerando solamente al educando, sino a todos los que forman parte de dicha comunidad.

M. A. Marín (1983) afirma que “a través del proceso educativo, la persona debe ir descubriendo cuáles son sus valores e ir comprometiéndose con ellos” (pág. 183).

Es claro que al hablar de educación no se puede dejar de considerar el desarrollo de los valores en su quehacer como algo inseparable, por su calidad formativa del hombre. Y como plantean Raths, Harmin y Simon: “el desarrollo de los valores debe ser uno de los objetivos de la escuela..., por lo tanto, debe alentarse ofreciendo frecuentes expe-

riencias que ayuden a elevar el nivel de valores, las creencias, los sentimientos, los intereses y las actividades que los niños traen con ellos” (1967, pág. 52).

El sentido de una educación en valores

Al relacionar los valores y la educación, creo haber dado pistas acerca de la naturaleza de la educación en valores como algo que no se puede desvincular de la educación misma, la que se justifica a partir de los propios fundamentos educativos y, sobre esta base, intento subrayar su sentido.

Cuando el hombre no tiene clara su existencia, ni sus objetivos de vida, pierde el amor a sí mismo y se convierte en un ser pasivo, alienado. Se deja absorber por el grupo, pierde su libertad y, por lo tanto, su identidad. Es esto lo que debe evitar la educación, al promover experiencias significativas en los individuos, para que se conozcan más a sí mismos y descubran sus potencialidades y así puedan responder a sus dudas existenciales y personales y, además, puedan participar positivamente en un proyecto de desarrollo social con los demás.

Por eso, la educación no es sólo transmisión de conocimientos, es también considerar las cuestiones fundamentales de la existencia humana. Se debe enfrentar una educación para lo humano, como ha dicho Spranger (1961) o como afirmaba Dienelt (1979): “la pedagogía ha de preguntarse por el destino del hombre y el sentido de la vida para poder pronunciarse sobre educación y formación” (pág. 41).

Porque el hombre es capaz de encontrar su propio camino de realización, porque existe una disposición permanente del sujeto para reaccionar ante determinados valores y porque el proyecto de vida a que cada hombre tiende, se encamina a la realización de valores, la educación en valores cobra un gran sentido para la formación integral del sujeto.

Es necesario reencontrarse con una educación cuyo principal propósito sea ayudar al hombre a recobrar el protagonismo de su historia,

a liberarlo del pesimismo originario por su incapacidad de hacer frente a los problemas y circunstancias que lo inquietan.

Justamente, para poder responder a sus propias inquietudes, solucionar los problemas que surjan y tomar decisiones con seguridad, el hombre debe aprender a ver la realidad con ojos libres; al mismo tiempo debe analizar sus propias capacidades, descubrir sus contradicciones, analizar sus propuestas, razonar sus respuestas y reflexionar acerca de sus experiencias.

Tomar una posición ante cualquier cosa o incluso tomar la decisión de no tomar una posición, implica una postura que encierra una opción de valor. De ahí, la importancia de preparar para el análisis completo que debe tomar al emprender una acción.

“Educar en valores significa liberar las fuerzas existentes en la persona, despertar o avivar su capacidad de hacer opciones libremente, tomando en peso la responsabilidad inherente a cada elección. Proporcionarle un ambiente donde pueda expresarse tal cual es, y donde se sienta querido por lo que es él mismo, y no por lo que hace, dice o tiene. Significa también proporcionarle los medios para que pueda establecer un proyecto de vida, en sus líneas básicas. En definitiva, ayudarle a descubrir los valores que viven, a analizarlos, criticarlos, contrastarlos, hasta que lleguen a ser verdaderamente suyos”, nos lo recuerda M. A. Marín (1983, pág. 189).

Por todo lo que he argumentado, creo que el papel de la educación en valores es fundamental, por el gran aporte que puede brindar al hombre en la búsqueda de su propio destino y en su felicidad personal.

La función clarificadora de valores que posee implícita una educación de calidad, va configurando en el educando su propia persona, su manera de ser y actuar, bases de una identidad clara, estable y segura, sobre todo en el momento actual, en que el hombre se siente cada vez más solo e inseguro por los estímulos contradictorios externos.

La educación en valores debe ayudar al hombre a escoger en cada momento aquí y ahora, con libertad y responsabilidad, sin traicionarse

a sí mismo y a los demás que le rodean, los valores que considere más enriquecedores para sí y la humanidad y a desarrollar, a partir de ellos, sus compromisos y opciones. “Educar en los valores es hacer que los jóvenes vivan unos valores, hacer que los asimilen personalmente y no sólo inculcar unos comportamientos normativos como se inculcaban antaño, unos principios que se guardaban durante toda la vida”. Ekwa bis Isal s.j. (1983, pág. 99).

La educación en valores cumple un papel muy importante, como ayuda para el conocimiento de las capacidades y limitaciones en cada individuo, permitiéndole tomar una clara conciencia personal. Su finalidad es que el educando, entrando dentro de sí, encuentre su unicidad, desarrolle sus potencialidades y asimile sus experiencias.

Además, este planteamiento educativo tiene significación por sí mismo, ya que los valores dan dirección y sentido a nuestra vida. Si nuestros valores son claros, consistentes y bien escogidos, tendemos a vivir de manera significativa y satisfactoria. Si no tenemos valores o estos son confusos y contradictorios, la vida nos resultará problemática y frustrante.

Por otro lado, la educación en valores plantea una metodología que persigue el desarrollo de habilidades y destrezas en los educandos, que tienden a la autodirección con la que puedan lograr en el aprendizaje, independencia y autonomía, siendo un gran aporte como innovación en los sistemas educativos.

Howe y Howe (1977) expresan: “es preciso invertir tiempo en clase para ayudar a los alumnos a plantear y lograr objetivos que den sentido y satisfacción a sus vidas” (pág. 20), cuando se refieren a la metodología en la educación en valores.

Por lo tanto, si el alumno logra conocerse a sí mismo, le ayudará a desarrollar positivamente sus potencialidades, lo que será un gran paso hacia su autonomía.

Por último, se reconoce, además, que la educación en valores facilita en el sujeto una predisposición a enfrentarse a cosas nuevas con imaginación y seguridad.

Es un aprendizaje innovador, donde las personas se preparan para utilizar técnicas de predicción, simulación y prospectiva de modelos futuros; para esto elaboran planes con la previsión de sus consecuencias y efectos secundarios. Es un aporte de participación, de comparación y contraste de experiencias y de confrontación de normas y valores.

M. A. Marín (1983) dice que la educación en valores es un tipo de aprendizaje innovador: “ya que requiere de la persona que detecte unas situaciones, que se cuestione las acciones y el significado real de ellas, tanto las que le corresponden al sujeto como a los otros, que sepa conceder la importancia debida a cada acontecimiento, que considere las alternativas de acción con sus responsabilidades y las consecuencias del compromiso elegido. Pretende, en fin, que el hombre sea más consciente de su conducta, y del significado personal y comunitario de ésta” (pág. 197).

Es decir, se trata de entregar al educando armas para que pueda resolver sus problemas, conflictos, y decisiones de valor, creativamente y con seguridad tanto las presentes como las de proyección, de futuro.

Como también plantean Dienelt (1979) y M. A. Marín (1983), es-timo que ayudarles a saber valorar, a encontrar nuevos caminos por donde aplicar valores a los distintos ámbitos y situaciones es el propósito fundamental de una educación de valores.

La educación en valores ante un problema real

Como es sabido, la humanidad ha sufrido y está sufriendo grandes cambios que han afectado a las personas. En esta realidad, han emergido valores que, de un modo u otro, modifican nuestra manera de actuar y mirar el futuro.

Justamente son estos cambios los que llevan aparejada la crisis de los sistemas de valores como algo consubstancial, alcanzando al hombre en su proceso de valoración, trastocando las jerarquías asumidas.

Esta crisis no necesariamente es negativa, dependerá de cómo el hombre se para ante la misma: si se plantea como observador, analizándola como problema ajeno o si asume los cambios, atento a los valores emergentes, haciendo suyo sólo aquellos que no modifiquen su forma de actuar en pro de su propia realización, tanto personal como de convivencia.

La pregunta es: ¿estamos preparando a los jóvenes para asumir estas crisis necesarias ante los cambios vertiginosos que tenemos que vivir? He aquí un problema real.

Lo concreto es que las muestras de intranquilidad, violencia, escasa solidaridad, mala convivencia, falta de una cultura de la paz, poca participación cívica y en decisiones importantes, etc., en los jóvenes, son los temas recurrentes en la actualidad, y sobre estos hechos concretos, debemos reconocer, la educación debe asumir su responsabilidad por no asumir en forma explícita y planificada el desarrollo formativo, que permita ayudar al educando a moverse libremente en el mundo de los valores y así aprender a seleccionar y hacer suyo todo lo que sea noble, justo y valioso para él.

En contrapartida, el mundo educativo se ha detenido, analizando a quién le compete esta educación y qué papel le corresponde a los centros educativos, la familia, etc., siendo muy lento el camino comprensivo y de aceptación de que su presencia es clara en cualquier acto educativo, sea este planificado o no.

Justamente, se trata de no dejar en el currículum oculto, en lo implícito, como hasta la fecha lo hemos hecho, la educación en valores de nuestros alumnos, dejando actuar libremente las contaminaciones negativas que no contribuyen al desarrollo de la plenitud humana, sino por el contrario, de explicitar la educación en valores, para que guíe nuestra acción educativa, acudiendo en ayuda de nuestros niños y jóvenes en la búsqueda de un sentido en la vida, es un deber que no podemos eludir.

La educación en valores debe estar presente en todo el currículum escolar y debe comprometer a toda la comunidad educativa, iluminada dicha acción por un sólido Proyecto Educativo, que unifique criterios y

trasmite sin incoherencia a los educandos los valores formativos que defiende. La familia y la escuela deben asumir una clara y férrea sociedad al respecto.

En la educación de la infancia, se debe preparar para la vida de adolescencia y en ésta, para la adulta, siendo el período intermedio, como sabemos, el más sensible y conflictivo en la formación del educando.

De acuerdo a lo anterior, debemos atender la necesidad del joven de buscar nuevos valores que guíen su conducta y también ante su comportamiento hacia lo que le rodea, identificándose más con sus iguales, separándose de su familia. En definitiva, es importante prestar atención a los errores e inexperiencia que posee y el deseo que tiene de cada día conocer más.

Es que la adolescencia, como dice Monedero (1972), “representa una época de crisis, de revolución, en que la personalidad adquirirá sus dimensiones adultas” (pág. 341).

Estamos ante la edad de la vida en que conformidad y rebeldía pueden representar, con palabras de Mc Kinney y otros (1982), “la manera de la afirmación de la identidad” (pág. 104) y es aquí donde entra en juego, con una gran importancia, la educación en valores, preparándolos anticipadamente para sobrepasar con normalidad la crisis y como una ayuda para que los jóvenes asuman su identidad.

En la adolescencia, surgen problemas que ni siquiera se presentían en la niñez y con bastante frecuencia estos problemas giran alrededor de la cuestión de la formación de la identidad personal.

Aún cuando este adolescente, en la lucha por ser independiente, por lo general se aleje del adulto, necesita, más que en ninguna otra etapa de la vida, ayuda para poder afrontar sus múltiples problemas, para poder optar entre tantas cosas nuevas que se le ofrecen. Este camino será crucial para conformar su personalidad madura. Los valores que hace suyos conformarán su sí mismo y darán ejemplo de su identidad, en la medida que se compromete con ellos, actúa con ellos y los comunica.

Vuelvo a preguntar: ¿estamos preparados para ayudar a los adolescentes en este aspecto? ¿Los centros educativos se comprometen con ese tipo de ayuda?

Pareciera que la respuesta es negativa y la ayuda que les prestamos no es suficiente o no apunta a los verdaderos problemas que tienen, o como también se puede observar por las reacciones que los jóvenes demuestran en la actualidad, que la manera como se los ayuda no es la adecuada y más bien producen efectos contrarios, al no emplearse estrategias adecuadas y no respetar sus propias y personales características de la edad.

Howe y Howe (1977) afirman que “con frecuencia se señala el profundo lapsus que significa dejar a los jóvenes casi inermes para el ejercicio de una función crítica, de análisis de la realidad social y cultural que les rodea. También suele subrayarse el hecho de que la falta de atención a estos aspectos del desarrollo de la personalidad genera sujetos pasivos, susceptibles de ser fácilmente arrastrados por estímulos mediocres o que son fácilmente manipulados; en suma, con una escasa iniciativa y menguada capacidad de respuestas originales” (págs. 9-10).

Por esta mala ayuda prestada educativamente, es que encontramos jóvenes con un total desinterés por metas de vida. R. Marín (1976) afirma que “un rasgo que aparece de un modo frecuente entre los jóvenes es el de la abulia. Registramos actitudes de desinterés creciente y constante, al menos referido a la totalidad de cuanto les presentamos a través de la institución docente”; posteriormente agrega: “la carencia de una criba inteligente de valores pretéritos o presentes les lleva a la incapacidad de decidirse para algo valioso y difícil” (pág. 93).

Es que la institución educativa, por su excesivo interés intelectualista, descuida la formación de la persona del sujeto educando, aun cuando cada vez más y más estudiosos aseguran la importancia que tiene el cuidado del desarrollo personal en él.

Benoit (1983) dice que “la escuela se dirige a unos adolescentes, es decir, a unos seres considerados más “vulnerables” y necesitados de

cierta protección en el plano psíquico como en el plano físico. Una educación para los valores, a la vez debe tener en cuenta esta situación y contribuir a rebasarla. No puede anular a los jóvenes para una persuasión excesiva, ni por una confrontación agobiante con el “contexto social”. Pero al mismo tiempo, para que haya educación para los valores, es necesario que personalice ciertos valores y que muestre el modo de insertarlos en un ‘contexto social real’ “(pág. 35).

Con relación a aspectos del desarrollo emocional, por ejemplo, Mc Kinney y otros (1982) dicen “es evidente que el desarrollo de la estima de sí mismo, el proceso de la autoclarificación, el desarrollo de una mayor capacidad para la ternura y un mayor respeto y aprecio de la competencia, son enormemente importantes en la vida del adolescente. Por desgracia, según Friedenberg, parece que las escuelas no hacen nada para facilitar estos cambios” (pág. 189).

Se demuestra, entonces, un problema real y la importancia de una educación en valores en toda la vida formativa del sujeto, con todos sus pros y contras, siendo de suma gravedad el que no se le conceda.

Siguiendo a V. Camps (1994, pág. 15), “no tenemos un modelo de persona ideal, como no tenemos un modelo platónico de sociedad ni un solo modelo de escuela. No lo tenemos, porque nuestro mundo es plural y aplaudimos esa pluralidad que es enriquecedora, así como la convivencia de las diferencias. Pero, aunque nos falte un modelo de persona, contamos con un conjunto de valores universalmente consensuales, un sistema valorativo que sirve de marco y de criterio para controlar hasta dónde llegan nuestras exigencias éticas individuales y colectivas. Son valores producto de la civilización –no sólo occidental, conviene repetirlo–, producto de más de veinticinco siglos de pensamiento”.

Los espacios más propios de una verdadera educación son la familia y la escuela, reconociéndose en la familia la importancia primaria. El reto que deben asumir es hacerse cargo prioritariamente no sólo de lo que transmiten, sino que también de cómo transmiten esta enseñanza formativa a niños y jóvenes, asumiendo el deber corresponsablemente, al unísono y en concordancia.

Bibliografía

- BARTOLOMÉ, M. (1980). La clarificación en valores en la orientación escolar. *Crítica*. 640, 34-35.
- BENOIT, A. (1983). Aspectos sociológicos de una educación en valores. *Educación en los valores para las sociedades del año 2000*. O.I.E.C.
- BOLIVAR, A. (1992). *Los contenidos actitudinales en el currículo de la reforma*. Escuela Española. Madrid, España.
- CAMPS, V. (1994). *Hacer reforma: Los valores de la educación*. Anaya, Madrid, España.
- CARRERAS, Ll. y otros. (1995). *Cómo educar en valores*. Narcea, S. A. Ediciones, Madrid, España.
- CEMBRANOS, C. y BARTOLOMÉ, M. (1981). *Estudios y experiencias sobre educación en valores*. Narcea, S.A. de Ediciones, Madrid, España.
- DIENELT, K. (1979). *Antropología pedagógica*. Aguilar, Madrid, España.
- EKWA BIS ISAL, s.j. (1983). Reflexiones inaugurales en *Educación en valores para las sociedades del año 2000*. O.I.E.C.
- FERREIRO, P. y otros. (1979). *Educación y valores*. Narcea, S. A. de Ediciones, Madrid, España.
- GALINO, A. (1983). Educadores en la brecha. *Crítica*. 701, 21-31.
- HOWE, L. y HOWE, M. (1977). *Cómo personalizar la educación*. Perspectiva de la clarificación en valores. Santillana, España.
- MARÍN, R. (1976). *Valores, objetivos y actitudes en educación*. Miñon, Valladolid, España.
- MARÍN, R. (1981). Los valores individuales y sociales determinantes de la calidad de la educación. *La calidad de la educación*. C.S.I.C., 77-88, Madrid, España.
- MARÍN, M. A. (1983). *Educación en valores y maduración personal del universitario*. Tesis Doctoral. Universidad de Barcelona. Barcelona, España.
- MARITAIN, J. (1950). *La educación en este momento crucial*. Ed. Desclée de Brouwer. Buenos Aires, Argentina.
- MASLOW, A. (1982). *El hombre autorrealizado*. Kairós, Barcelona, España.

- MC KINNEY, J. P. y otros, (1982). *Psicología del desarrollo*. Ed. Manual Moderno. México.
- MILLAN PUELLES, A. (1963). *La formación de la personalidad humana*. Ed. Rialp, Madrid, España.
- MONEDERO, C. (1972). *Psicología evolutiva y sus manifestaciones psicopatológicas*. Biblioteca Nueva. Madrid, España.
- PADILLA, A. (1985). *La Educación en valores y su influencia en las actitudes hacia sí mismo del adolescente*. U. de Barcelona, Barcelona, España.
- PADILLA, A. (1992). *El sí mismo como factor del desarrollo de la madurez personal: Un desafío educativo*. Facultad de Educación. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- PADILLA, A. (1993). *Diseño del Curso: Clarificación de metas de vida*. Facultad de Educación. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- RATHS, L.; HARMINS, M. y SIMON, S. (1967). *El sentido de los valores y la enseñanza*. Unión Tipográfica Hispano-Americana, México.
- ROGERS, C. (1982). *Libertad y creatividad en la educación*. Paidós, Buenos Aires, Argentina.
- SCIACCA, M.F. (1962). *El problema de la educación*. Miracle, Barcelona, España. Y Edición.